

¿EL FINAL DE HANS KÜNG?

CON demasiada ingenuidad estaban algunos esperando una última palabra reconciliadora de la Santa Sede, en el asunto del teólogo germano-suízo Hans Küng, que rectificase de algún modo la sorprendente declaración del ex Santo Oficio desautorizando a este valiente pensador católico.

Pero la reunión de un grupo de arzobispos y obispos alemanes con el Papa terminó por echar un jarro de agua fría a las esperanzas de estos católicos progresistas faltos de todo realismo que esperaban lo inesperable.

En este país nos hemos dividido una vez más entre defensores a ultranza del teólogo incriminado y enemigos acérrimos de sus investigaciones innovadoras. No hemos sabido estar en nuestro sitio, que es el de la objetividad, que tanto nos falta siempre a los españoles.

Un análisis más imparcial se impone ahora pasados unos días, llamando a las cosas por su nombre, sin emotividades que poco ayudan en una materia intelectual como es ésta. Porque el fondo al que todos deberíamos acudir, superando momentáneas reacciones, es éste precisamente: el del pensamiento que está en la base de sus enseñanzas.

La Santa Sede, ese fantasmagórico ente que nunca se sabe bien dónde ubicar intelectualmente en la Iglesia, ha cometido fallos imperdonables en este asunto. El primero de todos es el de continuar con sus misteriosos, secretos y tiránicos procedimientos, que apenas varían en el fondo de los que existían en el período inquisitorial que dominó a Europa durante la Edad Media, y tuvo su prolongación en el Santo Oficio durante la época moderna. Ahora, Pablo VI inventó un cambio de nombre para el aborrecido dicasterio romano de tan triste recuerdo y una suavización de sus procedimientos. Y su continuador, Juan Pablo II, está dispuesto a usar este mecanismo a troche y moche, como lo demuestra su alegre actuación contra una pléyade de teólogos que —como buenos investigadores— pretenden solamente buscar nuevos cauces culturales para el mensaje evangélico, y —sobre todo— establecer unas bases intelectualmente rigurosas para poder dar una inspiración cristiana a los nuevos problemas que han surgido en el mundo actual.

Y entre estos pioneros intelectuales —y no el más progresista, ni el más profundo, ni el más apreciado intelectualmente— está Hans Küng.

Desde 1967, en que publicó su trabajo histórico teológico sobre la Iglesia, ha ido

“in crescendo” la renovación doctrinal ejercida por él dentro del catolicismo. Porque es característica de este teólogo pretender inspirarse —con alarde siempre de erudición— primero en lo que durante siglos, y por diferentes escuelas de pensamiento, se dijo en la Iglesia; y luego, en lo que hoy dicen unos y otros. Por eso es Küng más un alto divulgador progresista que un original renovador con un pensamiento personal sistemático.

Sus cuatro libros clave, el de la Iglesia, el de la Infabilidad, el del ser Cristiano y el de la existencia de Dios, forman un elenco que crecientemente ha tenido un fuerte éxito de público dentro y fuera de Alema-



nia, y no el menor de todos en nuestro país. En cambio, un trabajo más original, como el que le inspiró el filósofo Hegel, titulado *La encarnación de Dios*, pasó por el mundo sin pena ni gloria.

La intención de todos ellos ha sido exponer una “introducción a la vida cristiana”. Por eso tenían que estar sus ideas en el límite de lo que la Iglesia oficial ha enseñado, igual que hicieron ayer todos los pensadores católicos que se atrevieron a entrar en ese campo marginal del punto de unión entre la creencia y la increencia. En el siglo pasado fue el famoso convertido cardenal Newman el que, en su tiempo y después de él, fue tildado de heterodoxo. O el menos conocido teólogo alemán Schell, que planteó temas intocables como el del infierno, cuya estructura intelectual estaba a la altura de un niño que apenas ha llegado al uso de razón. Y en este siglo fueron escrituristas como el padre Lagrange, o el filósofo E. Le Roy, o el pensador de la acción

M. Blondel: todos ellos sospechosos y relegados eclesiásticamente al hospital de los contagiosos por grave peligroso para la fe.

Ahora, Küng entró en este gran cajón de los heterodoxos sin verdadera razón, a causa principalmente de su flexible interpretación de la infabilidad. Pero todos se han olvidado de su último libro sobre Dios: el que da la llave de esta nueva apologética católica que está en la base de sus obras. Este trabajo suyo es el más importante y decisivo, escrito con esa claridad didáctica que tiene, y al que prácticamente no aludió la Santa Sede.

En medio de este desconcierto creado por Roma, lleno de reacciones superficiales y lugares comunes sin profundidad esgrimidos por uno y otro bando, no tenemos más remedio que desdramatizar las posturas de unos y otros. Ni Küng es tan importante ni tan heterodoxo, ni lo dicho por la Santa Sede puede tener hoy tanta trascendencia como antiguamente. A pesar de lo que se ha afirmado, un segundo caso Galileo es hoy imposible porque nadie se encuentra en el estado de ánimo que produjo aquel fallo doctrinal de la Iglesia católica hace tres siglos. A diferencia de lo que entonces sucedió, la Santa Sede no se ha atrevido hoy a una condenación con abjuración como le exigió a Galileo en su tiempo; ni el pueblo creyente se asusta por los rayos vaticanos que pretendería volver a esgrimir Roma, ya que estos incidentes como el de Küng no son promotores de ningún cataclismo demoledor, sino que la gente los toma como una tormenta en un vaso de agua.

La Santa Sede, es verdad, ya no considera a Küng representativo de su doctrina oficial. Lo cual es cierto porque existe un abismo intelectual entre la teología romana decimonónica que sirve de base a las declaraciones doctrinales del magisterio ordinario presente, y el nivel intelectual de que da muestra Küng, aunque no siempre sea tan original como algunos piensan. Ni tampoco ha podido excluirla la Iglesia de su seno, ni ha negado la posibilidad de seguir actuando como sacerdote a diferencia —en cambio— de lo hecho con el conservador monseñor Lefebvre.

Por eso se debe decir que éste no es el final de Küng, sino un incidente en su vida de intelectual católico que, como cristiano que es, le dará materia de reflexión para saberse limitado, aunque no por eso la Santa Sede haya acertado mejor que él. Y que no pretende ninguna infabilidad que él mismo duda que pueda tener en forma absoluta ningún humano, por alta que sea su situación eclesiástica. ■